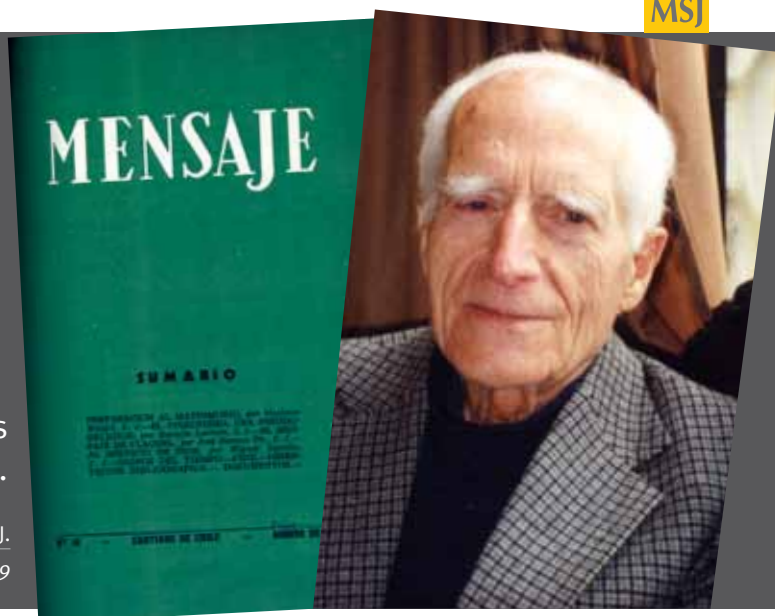


# Voz de la Iglesia progresista

Durante los años cincuenta los temas que nos ocupaban eran principalmente sociales y éticos.

José Aldunate, S.J.

Director de Mensaje entre marzo de 1954 y febrero de 1959



Por encargo del Padre Alberto Hurtado, comencé a colaborar con *Mensaje* incluso desde antes de su publicación. Yo estudiaba Teología Moral en París y ya en 1948 me preocupaba de adquirir libros y colecciones que constituirían la biblioteca de la revista, proyecto con el que me sentí muy identificado. Cuando regresé a Chile, fui testigo de los esfuerzos de él por impulsarla; recuerdo incluso su alegría cuando en las oficinas de la calle Alonso Ovalle nos anunció su publicación, con el grito: “¡Salió *Mensaje!*”.

Él me señaló luego que yo podría contribuir con textos sobre moral y ética, temas que eran mi especialidad, además de ayudarlo a formar —con otros sacerdotes— la orientación editorial.

Tras fallecer el Padre Hurtado en agosto de 1952, Pedro Alvarado, S.J., lo sustituyó en la dirección de *Mensaje*. Casi dos años después fui nombrado para esa función y asumí con mucho afecto esa tarea, aunque debo reconocer que fui un director algo distante debido a que mis labores principales eran ser maestro de novicios y hacer clases de Moral en la P. Universidad Católica.

Tuve el apoyo invaluable de José Cifuentes, S.J., quien fue el *factotum* de la revista, encargado de imprimirla y distribuirla, además de seleccionar y preparar los textos, y hacer las traducciones que por entonces eran tan importantes debido a los numerosos artículos que traíamos de publicaciones francesas o italianas. Probablemente en ese tiempo *Mensaje* no tuvo el esplendor que obtendría más tarde. De hecho, a veces no contaba con editoriales ni artículos propios. Pero sí logró una muy buena aceptación entre muchos católicos y entre todos quienes la valoraban como la única lectura de excelencia posible en su tipo. Pese a la sencillez en su presentación, era apreciada también por ser considerada, siempre dentro de la ortodoxia doctrinaria, la voz de la Iglesia progresista, rol que de algún modo sigue cumpliendo hoy.

Otro gran colaborador fue Julio Jiménez, S.J., cuyos textos eran siempre inteligentes y oportunos para defender grandes causas. Él se vio envuelto en episodios que reflejaban las tensiones que en esos tiempos se vivían en lo político y eclesial.

El debate sobre la derogación de la llamada Ley de Defensa de la Democracia lo enfrentó a vicarios arzobispaes contrarios a que se suprimiera esa norma. Defendió argumentos de Jacques Maritain y de la Falange, argumentos que favorecerían permitir legalmente la actividad de los comunistas. Esta última idea primó en el país. Sin embargo, Jiménez fue suspendido como profesor de Teología debido a que sus adversarios en esa controversia eran cercanos a una Jerarquía muy marcada por la condena al marxismo.

Durante los años cincuenta los temas que nos ocupaban eran principalmente sociales y éticos. Los movimientos populares, la reivindicación de los derechos campesinos y de los pobladores, la revolución cubana, los efectos de la Guerra Fría y la creencia estadounidense de que los latinoamericanos éramos su patio trasero, todas esas eran materias que nos ocupaban de manera intensa.

Respecto de esos tiempos, de algún modo teníamos que cuidar nuestras expresiones atendiendo a que muchos nos consideraban una suerte de voz casi oficial de la Iglesia, situación que tuvo un cambio importante unos años después. Durante la década del sesenta, cuando el director de *Mensaje* era Hernán Larraín, S.J. —a quien considero el segundo fundador de la revista—, la Compañía de Jesús asumió que revista *Mensaje* debería tener independencia de las posiciones oficiales de la Iglesia diocesana chilena. Esto se hizo en un diálogo en buenos términos con la Jerarquía y pienso que desde entonces *Mensaje* cobró una autonomía importante, en fidelidad a su tarea esencial.

Recuerdo mi colaboración con la revista como una etapa importante en mi vida religiosa. Me inhibían un tanto las exigencias de calidad y apego a la ortodoxia, pero guardo hacia esos años un recuerdo de cariño y admiración, y hoy creo que sus seis décadas de historia nos demuestran lo importante que es para una publicación de este tipo contar con el respaldo de una institución robusta, como es en este caso la Compañía de Jesús. **MSJ**



# Mensaje en años difíciles

Recuerdos de hace cuarenta años me plantean preguntas para hoy.

Juan Ochagavía, S.J.

Director de Mensaje entre enero de 1971 y diciembre de 1972

**M**e tocó dirigir *Mensaje* los años 1971 y 1972. Un tiempo corto, lleno de promesas y anhelos mesiánicos, que desataron pasiones estremecedoras.

¿Las promesas? Nada menos que dar paso a un “Hombre Nuevo”, a una sociedad que superara las pesadas servidumbres del pasado y las turbias contradicciones del presente: “El Hombre Nuevo es aquel que ha sido liberado de la esclavitud; pero de toda esclavitud”, decían los obispos en su Mensaje de Navidad de 1970.

Esto se venía gestando desde hacía tiempo. Los “concientizados” repudiaban el liberalismo económico, con su séquito de guerras, mentiras y esclavitudes. Veían que los dos extremos conducían a totalitarismos: al de las grandes transnacionales, que apoyaban en muchos países dictaduras de derecha, con pobreza y torturas incluidas; y al de los regímenes comunistas, con sus purgas, estado policial y deshumanización.

El papa Juan XXIII había releído la socialización en tono positivo (*Mater et Magistra*, 1961; *Pacem in Terris*, 1963) y muchos buscaron por ese lado nuevos derroteros. También *Mensaje* exploró este camino. No había certezas, sino urgencia de cambios, ensayos y tanteos. En temas muy candentes se ofrecía a veces columnas en paralelo.

*Mensaje* contaba con un equipo muy fuerte de colaboradores de las más diversas disciplinas, lo que le daba mucho peso a sus páginas. Era muy estimulante trabajar con estos especialistas de visión amplia, en búsqueda de una sociedad más humana y más cristiana.

Algunos títulos de artículos y nombres de autores dan una idea de por dónde andábamos aquellos años: “Comienzos de un gobierno” (*Mensaje*), “Hacia un socialismo democrático” (Julio Silva Solar), “Claustro en la Universidad Católica” (Hernán Larraín, S.J.), “Crisis del sistema escolar” (Juan Edo. García Huidobro: “No basta la igualdad... sería perpetuar la desigualdad”), “Convergencias y divergencias en los proyectos socialistas para Chile” (Alejandro Foxley), “Nacionalización del cobre” (Sergio Molina Silva), “El chileno y la opción marxista” (Mario Zañartu,

S.J.), “Socialismo y comunismo” (Arturo Gaete, S.J.), “El duro camino de los mapuches” (Cecilia Benimelis), “Situación actual de la Iglesia chilena” (Pablo Fontaine, SS.CC.), “¿Democratización de colegios clasistas?” (Francisco Javier Cid, S.J.), “El materialismo marxista: ensayo de discernimiento” (Pierre Bigo, S.J.), “Ganancias excesivas y pensamiento cristiano” (Ramón Ángel Cifuentes, S.J.), “Teología de la liberación” (Fernando Montes, S.J.), “Cristianos por el socialismo” (*Mensaje*).

## EL CAMBIO POR LA VÍA DEL DIÁLOGO

El año 1972 se acentuaron en el país hechos de violencia por parte de los extremismos de izquierda y de derecha. *Mensaje* comenzó una serie de artículos, desenmascarando lo que ocurría y llamando al cambio social por la vía del diálogo: “No a los extremismos”, “Tensión armada en el campo”, “Amor cristiano, violencia y asesinato”. Sin embargo, no abandonó, como lo hicieron otros, la lucha por cambiar lo corrupto del sistema neoliberal y construir una sociedad nueva. Sentía que su deber era seguir cuestionándolo acerca de sus actitudes inconscientes de clase, estructuras injustas y privilegios, para volver a las fuentes evangélicas. Lo que le costó perder amigos y duras críticas.

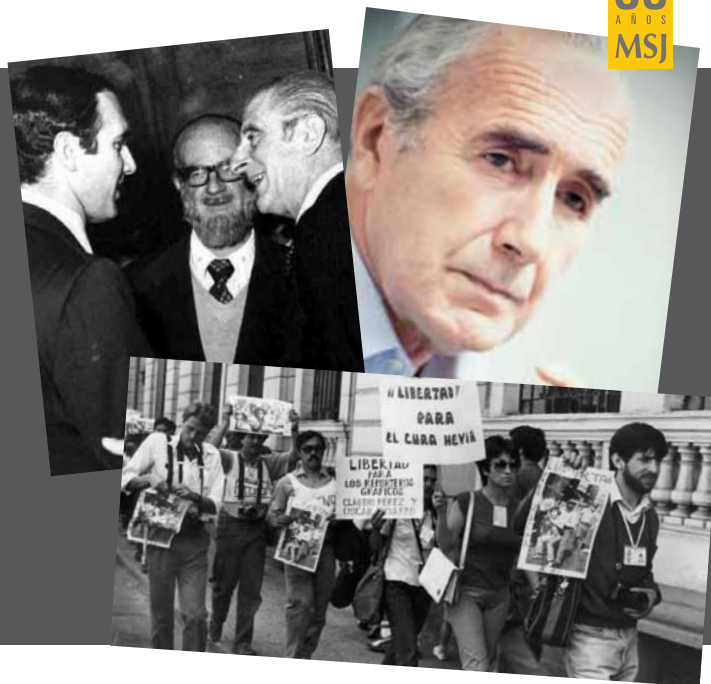
Estos recuerdos de hace cuarenta años me plantean preguntas para hoy. ¿Por qué hemos perdido tanto en lucidez para leer las causas estructurales de las injusticias de hoy? ¿Es que el ocaso del marxismo en el bloque soviético ha hecho inválidas las críticas de Marx al sistema económico mundial? ¿No eran ellas, mucho antes de Marx, las mismas críticas de la tradición judeo-cristiana? ¿Será que las transnacionales, como una nueva manera de dominarnos, nos hacen creer que la globalización que ellas propician nos traerá el Hombre Nuevo? ¿Quién dice que los anhelos más profundos de la sociedad se sacian con la droga del consumo? ¿Somos más libres, es decir, más humanos, por vivir a pujos, sin acometer compromisos de por vida en bien de los demás? **MSJ**

# Mensaje y la fuerza de una sociedad

Nunca había experimentado, ni he vuelto a sentir después, el “nosotros-los-chilenos” de la forma en que en esos años lo vivimos.

Renato Hevia R.

Director de Mensaje entre marzo de 1978 y marzo de 1989



Los once años en que me tocó dirigir *Mensaje* —durante la dictadura— fue la época más rica, intensa y significativa de mi vida. No solo por la trascendencia nacional e internacional que cobró la pequeña voz de la revista, sino también por haber experimentado allí la fuerza de una sociedad que quería recuperar su dignidad, y recuperarla por la vía pacífica. Y la fuerza de una Iglesia que se puso de veras del lado del necesitado. Ello implicó, sin embargo, dolor, congoja y amenazas —particularmente, por la defensa fuerte de los derechos humanos—, pero sobre todo la vivencia inexpresable de estar enrolado en una causa justa y grande.

Era emocionante viajar por el mundo y ver que en todas partes conocían la revista, y apreciaban su enorme valor como foro de un pueblo que se oponía a los atropellos y buscaba una salida constructiva. Pero era más gratificante sentir cómo se unían los más variados sectores sociales en una búsqueda común: trabajadores, profesionales, hombres de Iglesia, académicos, jóvenes. Nunca había experimentado, ni he vuelto a sentir después, el “nosotros-los-chilenos” de la forma en que en esos años lo vivimos.

Un hito muy significativo fue haber pasado cerca de un mes en la cárcel, acusado de “injuriar al Jefe de Estado y al Cuerpo de Carabineros, descalificar la Constitución, llamar a la ciudadanía a rebelarse contra el Gobierno, incitar a las Fuerzas Armadas a alzarse contra sus mandos regulares, propagar doctrinas ilícitas, según la Constitución de 1980, y descalificar al Poder Judicial”. Todo esto en los editoriales de varios años y algunos artículos paradigmáticos, como los que mostraron el actuar destructivo de la Dina (julio de 1978) o de los Carabineros de Chile (octubre de 1984). Lo que estos escritos hacían, sí, era denunciar responsablemente los atropellos, los allanamientos humillantes en los barrios pobres, la tortura sistemática, los asesinatos selectivos, la práctica de hacer desaparecer a los detenidos, el absoluto abuso de poder, junto a lo que lentamente se iba tejiendo como salida a la crisis. Felizmente, la Jerarquía de la Iglesia cerró filas y eso salvó a la revista, pero no al director de ir a la cárcel. Los cardenales Fresno y Silva Henríquez y unos diez obispos sor-

prendieron a los guardias al visitarme en la prisión; treinta y dos obispos de Chile adhirieron por carta; el Superior General de los Jesuitas expresó su apoyo desde Roma, y el Comité Permanente del Episcopado señaló públicamente que *Mensaje* “no ha hecho más que defender los mismos principios que la Iglesia defiende en la sociedad” (5 de diciembre de 1985).

El Consejo Ampliado era de verdad pluralista. Había creyentes y agnósticos, economistas, sociólogos, periodistas, teólogos, artistas, obispos, escritores. Muchos de ellos fueron luego ministros de Estado, parlamentarios, embajadores, destacados personeros de las Naciones Unidas o la OIT. Solo faltaban los adherentes a la dictadura, obviamente. Pero allí, en el Consejo de la revista, no representaban posiciones políticas ni ideológicas, sino que pensaban, opinaban y escribían como personas anhelantes de un orden nuevo, ese orden “donde tiene su morada la justicia” (2 Pe 3,13). En esos años oscuros, los consejeros no faltaban a las reuniones en *Mensaje*, que eran como un paréntesis de libertad y oxígeno, donde se podía pensar y opinar sin temor —cosa escasa entonces—, animándonos unos a otros a perseverar en la búsqueda de una salida.

## UNA IGLESIA SERVIDORA

Como cristiano, lo más valioso fue experimentar la fuerza de una Iglesia servidora de los gozos y esperanzas de la gente, una Iglesia que recogía al herido y perseguido —creyente o no creyente— y buscaba el reencuentro de todos sin renunciar a la verdad ni a la justicia, pero sí con perdón y generosidad. ¡Una manera muy evangélica de proclamar el amor universal del Dios de Jesucristo! El episodio de la cárcel fue emblemático: mucha gente, reclusa o exiliada entonces, sintió que, con el sacerdote preso, era la Iglesia jerárquica la que se unía simbólicamente al dolor de los perseguidos y encarcelados, y eso fue fuerza y esperanza para muchos. El Padre Hurtado hubiera estado contento de su revista. **MSJ**



# Testigo de períodos significativos

José Arteaga, S.J.

Director de *Mensaje* entre abril de 1989 y marzo de 1992

Estudiaba primer año de Humanidades en el Colegio San Ignacio cuando llegó a mi casa el primer número de *Mensaje*. Relativamente pronto, talvez al vencer la suscripción anual, la revista dejó de llegar: no interpretaba el ambiente de tendencia conservadora de mi familia. Pero, más tarde, alguna vez ayudé al padre José Cifuentes, S.J., artífice oculto de la revista durante sus primeros años, a corregir las pruebas de impresión entregadas por la Imprenta de la Providencia. Fui testigo, desde la Casa de Formación en Padre Hurtado, como estudiante jesuita, de los ecos y polémicas de los números especiales de inicio de los años sesenta sobre los cambios estructurales que Chile y América Latina necesitaban. Ellos marcaron uno de los períodos probablemente más significativos de *Mensaje* por su incidencia en el acontecer nacional.

No me imaginé entonces que iba a estar ligado a la revista durante tantos años. En 1968 fui enviado a la Comunidad San Roberto Bellarmino, como parte de una experiencia apostólica. El director de la revista, Hernán Larraín, S.J., me invitó a formar parte del “Consejo Chico”, integrado por jesuitas que se reunían semanalmente, y del “Consejo Ampliado” en cuya reunión mensual conocí, entre otros, a Sergio Molina, Jacques Chonchol, Claudio Véliz, Eduardo Novoa y a los entonces jóvenes Jorge Navarrete, José Joaquín Brunner y Jaime Gazmuri, que con sus sugerencias críticas obligaban al director a rehacer el proyecto de editorial. Fue el año del *mayo francés*, del asesinato de Martín Luther King, de la invasión de Praga por las tropas del Pacto de Varsovia, de la encíclica *Humanae vitae*, de la toma de la Catedral de Santiago, de la Conferencia Episcopal de Medellín, del *Diario del Che Guevara*. Participé en el “Consejo Chico” en los tiempos de la Unidad Popular, cuando uno de los consejeros, en una evaluación de fin de año, opinó que *Mensaje* ya había cumplido su tarea y podía desaparecer... o cuando el Superior Provincial nos citó a un discernimiento para reflexio-

nar si debíamos apoyar al Gobierno o mantener un actitud de independencia... La sabiduría y prudencia de Hernán Larraín y del Superior Provincial hicieron que *Mensaje* no cerrara ni se comprometiera con el Gobierno, y pudiera prestar un servicio inapreciable en los años más duros del Gobierno Militar, cuando fue uno de los pocos medios escritos que pudo mantener una actitud crítica. No participé en los Consejos de la revista durante los años más duros de la represión que —junto con los primeros años sesenta— han sido los de su mayor aporte a la sociedad chilena, ahora para defender a las víctimas de la represión, entre las cuales había antiguos adversarios de *Mensaje*.

De 1979 a 1988 colaboré como subdirector y fui nombrado director en marzo de 1989, meses después de que el país pronunciara su *no* en el plebiscito y empezara a recorrer el camino hacia la democracia. Lo fui hasta febrero de 1992, apoyado por Gonzalo Arroyo, S.J., y Ernesto Espíndola, eficaces e incansables colaboradores. Fui un director de transición entre dos directores de renombre, y en tiempos de grandes y sorprendentes cambios.

## TIEMPOS NUEVOS

La revista comentó en esos años las negociaciones de 1989, el triunfo de Patricio Aylwin, el asesinato de los jesuitas en El Salvador, la caída del Muro de Berlín, la llegada de la democracia, el asesinato de Jaime Guzmán, la disolución de la Unión Soviética, las tensiones entre el Gobierno y los militares, y los primeros signos de un episcopado chileno más silencioso y con nuevos liderazgos. Eran tiempos nuevos, con otros rostros en la televisión, con Parlamento, con prensa sin censura, con un sistema judicial que empezaba a liberarse de sus miedos. Esperábamos un mundo más pacífico y justo. El futuro se encargaría de recordarnos que la historia es siempre más compleja y que *Mensaje* tenía que seguir escrutando con muchos otros los signos de los tiempos. **MSJ**



# Mi visión de *Mensaje*

Esta revista cumplió un rol histórico en tiempos duros.

Fernando Montes, S.J.

Director entre abril de 1992 y mayo de 1996

**M**e impresiona constatar que *Mensaje* ha superado el número 600 sin interrupciones y que ha llegado a su 60º aniversario. ¡Cuánto esfuerzo acumulado! He conocido revistas que se quedaron en el año uno, número uno.

Al revisar los índices de *Mensaje* constato que ahí están reflejados los grandes cambios, las tendencias, los dolores y esperanzas del mundo y, sobre todo, de Chile. Escritores de máxima relevancia en la vida nacional han plasmado sus ideas en esas páginas.

He sido lector y testigo de esta larga historia. Conocí la revista en sus comienzos cuando entré a la Compañía de Jesús. Todo era precario, todo se hacía a lo pobre, gracias a la buena voluntad de unos pocos. No había gente con dedicación exclusiva, ni siquiera el director; la oficina era un desván sin ventanas en la antigua casa de los jesuitas, los artículos se mendigaban. Salía siempre con retraso. A pesar de todo, en el Chile de entonces, en medio de incomprendiones y ataques, *Mensaje* era una luz que empezaba a abrir horizontes a la Iglesia y a la sociedad.

La llegada de Hernán Larraín, S.J., significó un cambio radical. Se introdujeron secciones esenciales, como el editorial, y comentarios nacionales e internacionales, que obligaron a tomar posiciones ante situaciones concretas. Se creó un Consejo Ampliado de personas connotadas para analizar y orientar la revista. Se introdujeron cambios en la presentación. *Mensaje* se convirtió en referencia obligada para entender lo que nos ha pasado en estos años.

Volví a Chile a fines del año 71, en pleno Gobierno de la Unidad Popular. Mis superiores me destinaron a trabajar en *Mensaje*. No podía haber encontrado un lugar más apasionante para insertarme en un mundo convulsionado después de siete años de ausencia. Entre los colaboradores de *Mensaje* que no puedo olvidar están Gustavo Lagos, Arturo Gaete, S.J.,

y el propio director; para mí fueron maestros por su pluma y sus análisis. La Doctrina Social de la Iglesia, fuente inspiradora de la revista, estaba cuestionada en medio de los aires que agitaban a América Latina. Había que discernir y navegar en mares agitados y con brújulas empañadas. A partir del año 1973 se hizo notar la debilidad del padre Larraín, que, si bien siguió escribiendo los magistrales editoriales, en la práctica dejó en mis manos buena parte de la dirección. Fueron meses angustiosos: unos pedían más radicalidad y otros, más prudencia. Los editoriales entonces fueron claros: diálogo, no violencia, y democracia.

El Golpe significó un momento crucial de discernimiento. Como subdirector, convencido de que la situación sería larga y que se acallarían muchas voces disidentes, me jugué por tomar una posición firme pero que nos permitiera seguir apareciendo. No todos comprendieron en su momento, pero el tiempo nos dio la razón. Recuerdo haber recibido la carta de un colaborador que vivió el Golpe fuera de Chile y no pudo regresar, y otra de un grupo de prisioneros que estaban en Chacabuco. Mientras el primero se quejaba de que no hubiésemos sido más duros, las víctimas agradecían lo que estábamos haciendo.

Gracias a eso, *Mensaje* fue después una voz que pudo hablar contra la tortura, la doctrina de la seguridad nacional, la reforma de una justicia vergonzosa, la democracia y los desaparecidos.

## ESPACIOS EN BLANCO

Recuerdo la negociación con los responsables de la comunicación social del nuevo Gobierno, quienes nos conminaron a someternos a una censura previa. Yo mismo no comprendo cómo logramos que nos aceptaran publicar la revista, dejando en blanco los espacios censurados. Nunca *Mensaje* tuvo tantos lectores, que compraban la revista para proyectar en esos

vacíos sus dolores y miedos. Esas páginas se constituyeron en testimonio de un período que no nos honra como país. Evidentemente, el Gobierno retiró pronto su autorización y debimos buscar otros caminos. *Mensaje* cumplió un rol histórico en esos tiempos duros.

Varios años después, fui designado director de la revista. Pasaba por momentos económicos difíciles. Hicimos un gran esfuerzo para constituir un fondo de emergencia que nos diese cierta estabilidad. En los momentos de dificultad, en lugar de ir a menos fuimos a más. Cambiamos el formato y la calidad del papel. Se hicieron algunos números memorables como el dedicado a los 400 años de la llegada de los jesuitas a Chile y el número especial dedicado a Alberto Hurtado.

Creo que la revista ha sido fiel al sueño del fundador. El Padre Hurtado no se agotó en el Hogar de Cristo sino que, como un intelectual cristiano, quiso hacer una contribución cultural al país. Por eso fundó *Mensaje*. Pensó en una publicación inspirada en sus pares europeas *Etudes*, *Razón y Fe* y *La Civiltà Cattolica*, que hacen dialogar la fe con la cultura. La revista ha cumplido su misión. Ha permitido un encuentro de la Iglesia con el mundo de la frontera y ha contribuido ciertamente al progreso integral del país. Para los jesuitas, ella es una de sus principales obras, ciertamente muy conforme a nuestra vocación. **MSJ**

